

## El personalismo pedagógico de Francisco Larroyo

Lilia Delgado Calderón  
Universidad Autónoma de Zacatecas  
astarted8@gmail.com

*Los fundamentos de las prácticas educativas  
raramente se discuten, y generalmente merecen  
escasa atención social, siendo sin embargo esenciales  
para la vida humana y para el funcionamiento social.*

Juan Delval

La educación es una tarea permanente de los seres humanos. Como sociedad, siempre nos hemos ocupado de transmitir los conocimientos de generación en generación, tratando de asegurar que los integrantes más jóvenes adquieran las experiencias que hemos obtenido como grupo para sobrevivir y vivir como parte del mundo.

La educación según Durkheim (Delval, 2004), es una institución social que se encuentra vinculada estrechamente con las demás actividades sociales, no tiene un fin único sino cambiante según el tipo de sociedad o grupo social al que pertenezca el individuo. Por ello, las generaciones con los integrantes más viejos y experimentados son quienes se ocupan de la transmisión de los saberes a los más jóvenes.

La educación puede ser espontánea o intencionada. La educación espontánea, podemos decir, es aquella que se encarga de la transmisión de las habilidades necesarias para preservar la especie, la comunidad y el medio en el que se vive, y podemos afirmar que se hace de manera inconsciente o mecánica. Mientras que en la educación intencionada se tiene conciencia de que se educa con una orientación determinada y con fines específicos (Larroyo, 1980).

Ahora bien, en el fenómeno educativo concurren principalmente tres elementos: el educando, el educador y una forma de transmisión del conocimiento; y detrás existe una filosofía que sustenta quien promueve o desarrolla la educación. A su vez, esta filosofía se convierte en una filosofía de la educación que, partiendo de concepciones metafísicas, epistemológicas, sociales y antropológicas, nos brinda ciertas implicaciones del fenómeno. Asimismo, podemos considerar que los ideales, los fines y el método de la educación complementan la estructura de lo que llamamos modelo pedagógico.

En México, a principios del siglo pasado, después del período revolucionario, el problema de la educación ocupa un lugar central en muchos pensadores, entre ellos, encontramos a Francisco Larroyo (1908/1981).

Larroyo, de origen zacatecano, se interesó por la educación de los mexicanos y se ocupó durante toda su vida en elaborar y reelaborar obras pedagógicas que marcaron el rumbo de la educación en México. Una de las intenciones de Larroyo fue incidir en la formación de profesionales de la educación por lo que a él se debe la fundación de la Escuela de Pedagogía de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), además de múltiples intervenciones en la elaboración y reestructuración de planes y programas de la

Preparatoria Nacional, así como de la Facultad de Filosofía y Letras, entre otras.

Para Larroyo, la educación es un proceso que involucra a toda la sociedad. Y acorde con Kant, cree que sirve para elevar la naturaleza humana hasta llegar a un desarrollo pleno y es además el centro de sus filosofías. La educación es y debe ser producto del quehacer central del hombre. El desarrollo del conocimiento neokantiano combina los quehaceres intelectual y cultural, binomio perfecto que representa la apuesta educativa de la herencia moderna. Larroyo encuentra en la teoría kantiana y en la postulación neokantiana el medio perfecto para plantear su idea de la educación del hombre.

Tanto para Larroyo como para otros pensadores del momento, la educación en México en las primeras décadas del siglo xx, es un campo fecundo para configurar un tipo de hombre ideal que forje una nueva nación bajo los auspicios, a su vez, del ideal moderno de educación; por ello es que Larroyo encuentra en el neokantismo los fundamentos de su idea de hombre así como de su modelo pedagógico por antonomasia.

Larroyo llega, pues, a la proposición de un modelo pedagógico en el que combina elementos de la teoría kantiana y neokantiana, además de construir una antropología con trece tipos de hombre que, al cumplir con su papel en la sociedad, contribuyen al fenómeno educativo. Es un modelo pedagógico en el que los fines están emparentados con los altos valores de la cultura sin descuidar fundamentos de la misma, así como las manifestaciones concretas del quehacer humano.

## Educación moderna, antecedente de la propuesta educativa de Larroyo

Los antecedentes de la concepción larroyana sobre la teoría educativa se encuentran tanto en autores clásicos, como Platón, así como en el biologicista Helmuth Plesner y el antropólogo filosófico Max Scheler. Además de remitir a la teoría kantiana con las aclamadas preguntas: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me está permitido esperar?, y ¿qué es el hombre? Como apunta Daniel Sobrevilla, estas preguntas «en el fondo se pueden poner a cuenta de la antropología» (2006: 97). Por lo que podemos afirmar que en las respuestas, más concretamente en la última, se encuentra resumida la labor filosófica y educativa de Larroyo.

Ahora bien, aunque la Modernidad nos heredó la utilidad y la rapidez como rasgos axiológicos de la educación, la utilidad para los modernos es distinta a su periodo antecesor aun partiendo de la misma definición. La utilidad de las cosas, dicha en términos de lograr la felicidad, produce una gran distancia entre ellos. Para los escolásticos tiene que ver con el logro de la salvación que es la felicidad del hombre, su único fin y por lo tanto toda actividad humana está regida por este ideal. Sin embargo, en el siglo XVIII un cambio axiológico reorienta el lugar de la felicidad al *éthos* como modo de ser y al carácter económico como la búsqueda del progreso para lograr la felicidad y todo ello bajo la guía de la razón. En ese orden, a la felicidad secular y a la utilidad pública se les asocia con el bienestar material de los individuos, la satisfacción de necesidades, a la manera de un hedonismo.

Sin embargo, en el marco de la reflexión pedagógica kantiana, el ideal de educación ha de asumir, en el modelo pe-

dagógico, un principio fundamental, asequible a través del perfeccionamiento de las instituciones sociales y educativas que le sostienen. O bien, como asegura Dewey, «el fin de la educación, objeto y recompensa del aprender es la capacidad continuada para el desarrollo» (Dewey, 1998: 92).

### Modelo personalista pedagógico

En la propuesta pedagógica de Larroyo encontramos tres constantes generales observadas además en otros modelos pedagógicos modernos: a) una postura **filosófica básica**: la filosofía neokantiana con su método trascendental; que a su vez, b) deriva en una **filosofía de la educación** que Larroyo asume como la filosofía de la cultura o pedagogía de la cultura: «En suma, la filosofía de la educación es una disciplina de saberes últimos, totalizadora, acerca de las realidades, posibilidades y finalidades educativas, cuyo titular es el hombre como personalidad» (1980: 4); y c) una propuesta de **modelo pedagógico específico** como resultado de los incisos anteriores: el modelo personalista pedagógico.

El nombre que Larroyo asigna a su paradigma o modelo educativo es el de *personalismo pedagógico*:

Es un tópico el hablar de la educación integral del hombre. Pero la manera de plantear y resolver el tema no es unánime. Todavía circulan doctrinas que aceptan puntos de vista abstraccionistas, a veces contruidos sobre base metafísica, o bien de acentuado carácter naturalista.

La solución propuesta [...] es la del *personalismo pedagógico*. La persona íntegramente formada es un hombre capaz de acción y de pensamiento con viva conciencia

de los valores culturales: un hombre que despliega su individualidad en un mundo social de cuyo permanente cambio ha de ser partícipe de manera solidaria (1980: 247).

En el modelo larroyano, el ser humano es un ser social por antonomasia. Por ello, el hombre no puede concebirse como en una isla sin sus congéneres. El hombre en conjunto, crea la cultura y la cultura es una filosofía de los valores. De la cultura deriva la pedagogía de la cultura o de los valores culturales

[que] ofrece y ordena los objetivos fundamentales de la educación, en tantos sectores o dominios de la cultura, cuantos el hombre es capaz de crear y asimilar. Aborda, reconociendo en cada caso el valor propio de las diferentes facetas del proceso formativo, desde los fines de la cultura física e higiénica, hasta los problemas relativos a la educación religiosa.

Promotor y conservador de la cultura es la persona humana en formación; formación que sólo termina con la muerte, y que tiene su base ontológica en la individualidad como expresión de un tipo humano y su orientación en los valores y fines, posibles dentro de una realidad histórico-cultural (1980: 251-52).

La tarea principal de los seres humanos es la apropiación de los 'bienes culturales', contenido y materia del proceso educativo. Los bienes culturales comprenden

hechos, cosas e instituciones políticas, económicas y sociales [son bienes también] los hábitos que adquiere

el niño ora para asegurar la salud, ora para defenderse del medio en señaladas e incontables circunstancias. [...] las costumbres sociales, las destrezas técnicas; en suma, las experiencias de todo orden, que el hombre ha ido adquiriendo en el transcurso de la vida (Larroyo, 1974: 83).

Los hechos o bienes culturales se convierten en tales gracias a su cualidad intrínseca que los hace valiosos, es decir, dignos de ser adquiridos (Larroyo, 1974). Los bienes primarios son los *valores vitales* tales como salud, fuerza, energía, destreza física, etc., mientras que los valores secundarios son los que suministran placer al hombre, «la Filosofía de la Cultura los llama *valores hedónicos* (*hedoné*, placer) y *eudemónicos* (de *eudaimonía*, felicidad)» (Larroyo, 1974: 84).

Larroyo destaca los valores económicos como una necesidad del hombre. Así, participa como productor o consumidor de los bienes de la riqueza; aunada a la producción de una nación va la ciencia, es decir, nuestro autor zacatecano cree en la idea que concibe el desarrollo de una nación dependiente del desarrollo de la misma. La *verdad* para Larroyo es el valor cultural fundamental de la ciencia. Lo bueno es el valor fundamental de la moralidad y la felicidad lo es del amor (1974).

En suma, Larroyo considera ocho grupos de distintos valores culturales: vitales; hedónicos y eudemónicos; económicos; del conocimiento científico; morales; estéticos; eróticos; y religiosos. Por último, es importante señalar en materia de valores y bienes culturales que nuestro autor zacatecano considera que los bienes culturales «no existen por sí mismos: cosas, personas, e instituciones son los portadores de tales bienes» (1974: 87).

Para nuestro pensador jerezano, hay cuatro «agencias» o «poderes educadores» en los que se adquiere la educación: la familia, en primera instancia, la escuela, el Estado, y el trato social, en última instancia. La importancia de la primera educación dentro de la familia, en resumidas cuentas, constituye el centro de la vida práctica del niño o educando. De ello dependerá, en gran medida, el desempeño posterior e intelectual del mismo en la escuela. A su vez, la escuela es el lugar que ofrece mayores ventajas de educación, pues allí «la educación tiene el carácter de una educación conscientemente intencionada y [un] pronunciado carácter de organización» (Larroyo, 1974: 89). A diferencia de cualquier otra instancia, la escuela es por antonomasia el lugar idóneo para adquirir los bienes culturales que necesita el hombre. Larroyo además plantea el derecho que todo hombre tiene a la instrucción.

La participación del Estado es indispensable en el proceso de educación de toda sociedad. El Estado debe regular la vida social y política de los ciudadanos, mas nunca debe concebirse como fin último de la educación. Al contrario, «toda la organización política debe estar al servicio de los más altos fines, en definitiva, al del progreso cultural de la comunidad, que es progreso de sus miembros» (Larroyo, 1974: 94).

El trato social al que se refiere Larroyo como una de las potencias educadoras comienza en la escuela, allí se inicia el niño en la vida social; después, al crecer, busca por sí mismo ampliar sus horizontes e intereses lo que le lleva a otras formas de asociación distintas a las aprendidas en la escuela.

El niño debe orientarse por «la cultura del sentido social, del sentido humano» (Larroyo, 1974: 95), lo que Larroyo afirma con este sentido es que los niños deben adquirir el sentido de obligación moral social poco a poco, según vayan

madurando. Cosa que no se advierte en la sociedad contemporánea de nuestro autor y, podemos afirmar, tampoco en la nuestra. Ello debido a que desde hace siglos, la educación pondera el paso de la niñez a la adultez de manera abrupta, y no lentamente como debiera ser el desarrollo acorde con la maduración normal. Esto desemboca, equivocadamente, en un envejecimiento prematuro, lo que «se traduce en una inconformidad inconsciente de la juventud» (Larroyo, 1974: 95).

El concepto de persona es uno de los fundamentos filosófico-antropológicos en el que Larroyo sostiene y hace recaer su concepción sobre lo que debe ser la educación. Hacemos hincapié en que dicho concepto lo toma de la teoría kantiana en la que persona es el sujeto libre, racional, que se guía por las leyes éticas; concepción que Larroyo modifica agregando: persona es el sujeto racional, libre, que se da cuenta de su identidad y puede ser presa de sus estados subjetivos, por lo que voluntariamente se sitúa bajo el gobierno de la Idea.

Así, persona y cultura se unen en el modelo del personalismo pedagógico, en el que una de las metas de la educación es la formación de seres humanos conscientes de los valores que han de profesar y de practicar como es propio de la *poíesis* larroyana.

En cuanto a la manera de apropiarse del conocimiento, el modelo larroyano o personalista pedagógico tiene como fundamento el método trascendental descrito concretamente por Pablo Natorp en el que principalmente todo el conocimiento debe instaurarse sobre afirmaciones filosóficas trascendentales, afirmando con ello dos cosas esenciales: una, que es importantísima la relación con los hechos históricos de la ciencia, la moralidad, el arte, etc., pues la filosofía no debe hacerse en el vacío del pensamiento puro; y otra, que el conocimiento busca «la tierra honda» de la experiencia, es decir, se

arraiga en el profundo campo del trabajo de la cultura, en las formas prácticas de las sociedades en las que la vida humana es considerada como punto de partida y de llegada. Además, en su propuesta epistemológica es importante mencionar la consideración que los marburguenses tienen respecto a que el conocimiento no debe regirse según el objeto sino el objeto según el conocimiento.

El papel del educando en el modelo larroyano es de carácter activo, crítico, constructor de valores dentro y fuera del campo de la educación. Mientras que el docente es también activo y fomenta la actitud crítica mediante el ejemplo. En su *Pedagogía de la enseñanza superior* (Larroyo, 1959), Larroyo nos explica que el «elemento decisivo» en el proceso de educación es el profesor; por ello, necesita capacitarse para obtener un método y formas de organización que le faciliten la tarea pedagógica. Larroyo está en contra de la improvisación, ya que ésta conduce sólo a desatinos. Hemos afirmado con anticipación, que el educador es la figura por la cual Larroyo muestra preferencia. Tema desarrollado con amplitud en la tipología concreta del autor.

En el modelo personalista pedagógico educador es conceptualmente más amplio que maestro. Educador designa a una persona que ejerce una acción educadora, así, por ejemplo, la madre es una primera educadora, sin embargo, no es la única que educa al niño, pues la sociedad y los acontecimientos pasados también funcionan como educadores (Larroyo, 1974).

Por su parte, *maestro* « nombra al educador que voluntaria y profesionalmente se ocupa de las tareas de la enseñanza » (Larroyo, 1974: 70). Ahora bien, un educador es un hombre siempre ocupado en la práctica, pero esto no supone que no haya un teórico pedagógico que pueda ser un gran hombre práctico.

Un educador, además, debe tener respeto hacia los niños, no debe ser indulgente y sonreír ante sus faltas sino que debe pretender la elevación cultural del niño en todo momento (Larroyo, 1974). Su tarea fundamental es hacer participar progresivamente al niño en el mundo de los bienes culturales.

No es necesario que un educador posea una inteligencia excepcional cuanto sí es esencial un sentido de la vida apoyado en una sólida cultura (Larroyo, 1974). Por lo demás, el educador debe ser probo, tener alegría, buen humor y tener tacto pedagógico, el cual se traduce en rectitud y habilidad pedagógicas.

El educando, por su parte, depende en gran medida del educador, por lo que se le deben encauzar sus energías heredadas hacia los fines deseables de la educación. Para lograr esto, el educador debe comprender que el educando es un individuo en el que se sintetizan factores endógenos y exógenos de cuyo concurso resulta la vida.

En este punto, nuestro autor asume una postura ecléctica en cuanto a teorías biologicistas y culturales se refiere, pues si bien el niño trae determinados caracteres por herencia o costumbres, la educación debe congeniar ambos elementos para lograr un hombre con independencia y libertad que sea capaz de acción *poética* en la vida. En rigor, afirma Larroyo, cada ser humano es un complejo psicobiológico que reacciona de peculiar manera y a ello también se le llama personalidad.

La apuesta de Larroyo en la educación es total. No hay ningún otro medio por el cual el hombre adquiera y se apropie de los bienes culturales de la herencia humana. Igualmente, no hay ningún otro ser vivo en la tierra que pueda, mediante la educación, llegar a un crecimiento tal. Esa apuesta se traduce, finalmente, en una esperanza la cual recae sobre el tipo de

hombre que alcanza la mayoría de edad, mediante el proceso continuo de la educación. Proceso que nunca termina, pero que es perfectible a cada paso, en cada día en el que el hombre-ciudadano es capaz de comprender y asumir el gobierno bajo los altos ideales humanos.

El ser humano es perfectible en cada instante en el que se mueve en la esfera de las dignidades humanas, como son el trabajo, la educación y la religión. No es necesario ser hombres súper inteligentes, sino llegar a comprender que, como seres humanos, siempre se tiene la posibilidad de la elección.

## Bibliografía

- Delval, J. (2004). *Los fines de la educación*. México: Siglo XXI.
- Dewey, J. (1998). *Democracia y educación*. España: Ediciones Morata, S. L.
- Kant, I. (1994). *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*. España: Edit. Tecnos.
- Larroyo, F. (1980). *Sistema de la filosofía de la educación*. México: Editorial Porrúa.
- Larroyo, F. (1974). *La ciencia de la educación en México*. México: Porrúa.
- Larroyo, F. (1971). *Introducción a la Filosofía de la Cultura*. México: Porrúa.
- Larroyo, F. (1968). *Historia comparada de la educación en México*. México: Porrúa.
- Larroyo, F. (1963). *La antropología concreta*. México: Porrúa.
- Larroyo, F. (1962). *Los principios de la Ética Social. Concepto, axiología, vigencia y realización de la moralidad*. México: Porrúa.
- Larroyo, F. (1959). *Pedagogía de la enseñanza superior*. México: UNAM.
- Scheler, M. (2000). *El puesto del hombre en el cosmos. La idea de la paz perpetua y el pacifismo*. España: Alba Editorial.
- Sobrevilla, D. (2006). El retorno de la antropología filosófica. *Diánoia Revista de Filosofía*. 56(51), 95-124.

## Resumen

Cada ser humano es un complejo psicobiológico, afirma Francisco Larroyo, quien a partir de una base filosófica kantiana y neo-kantiana (reconocimiento del hombre como un sujeto libre, racional y autónomo) genera un sistema pedagógico. A dicho sistema se le conoce como «personalismo». El propósito central de dicho sistema es lograr seres humanos conscientes de valores que permitan la apropiación de lo que Larroyo considera un propósito central en la vida: los bienes culturales.

Palabras claves: educación, Francisco Larroyo, Bienes culturales.

## Abstract

Francisco Larroyo states that Every human being it's a psychobiological complex. Based on the background of the kantian and neo-kantian philosophy (recognizing man as a free, rational and autonomous subject) generates a pedagogical system, known as «personalism», which aims to create persons conscious of values that allow the subject to assimilate that what Larroyo considers one of the main and central purposes in life: cultural goods.

Key words: Cultural goods, education, Francisco Larroyo.